

**SISTEMA EDUCATIVO Y MERCADO DE TRABAJO
EN EL HORIZONTE DEL AÑO 2000 (*)**

JULIO CARABAÑA MORALES (**)

I. INTRODUCCION

Pudiera resultar que las páginas que siguen no fueran sino otros de los panfletos futuristas a que propagandas de índole varia nos tienen acostumbrados; su intención, sin embargo, es ser algo distinto. A saber, una especulación realista sobre lo que el futuro puede depararnos dados ciertos supuestos, y cómo es preciso influir sobre estos supuestos para mejorar en algo lo que puede venir.

He hecho un esfuerzo por hacer proyecciones realistas. Parto de la premisa de que el intercambio del hombre consigo mismo está determinado por el intercambio del hombre con la naturaleza, de que en todo caso se trata de qué hacer con bienes escasos a los que se pueden dar varios usos, y que estos bienes escasos son fundamentalmente dos, el trabajo humano y los recursos naturales.

En la primera parte intento dejar sentado que los recursos naturales escasearán y, por tanto, se encarecerán, pero que no se agotarán; de tal modo que la población humana reducirá su crecimiento, por medios naturales o sociales, antes de que tengamos que darnos codazos continuamente con los otros. En una segunda parte se afirma que ciertas características de los hombres de sesenta años en el año 2000 serán muy parecidas a las de los actuales hombres de veinte, pese a lo cual el nivel educativo medio estará muy por encima del actual y de lo que convencionalmente podríamos considerar los requerimientos del sistema económico. Se plantea así el problema de la sobreeducación en la tercera parte, para, tras haber examinado brevemente algunos estudios empíricos sobre el fenómeno, criticar en las partes cuarta y última las posibilidades respectivas de que quede invariada o cambie la relación entre educación y ocupación, o, lo que es lo mismo, de que los poderes públicos fuercen a la población a la ignorancia, para adaptar sus cualificaciones a las conveniencias de los procesos de trabajo, o fomenten su cultura general y especial, adaptando los procesos de trabajo a sus cualificaciones. Concluyo que, salvo destrucciones ma-

(*) Este artículo está hecho a partir de un trabajo más amplio publicado como fascículo por la Fundación IESA, y de la conferencia dada en la Universidad Menéndez Pelayo, en Santander, en julio de 1982.

(**) Director del CIDE y profesor de Sociología.

sivas, en las que no me siento capaz de pensar, es mejor y más probable esto último.

II. ¿COMO SERA LA ECONOMIA DEL AÑO 2000?

1. Para responder a esta cuestión podríamos comenzar extrapolando cifras de ocupación o de población activa. Los cuadros 1 y 2 reflejan, por sectores, las cifras de población ocupada en España en 1960, 1972, 1978 y 1981. Entre 1972 y 1978 parece como si la población ocupada en la industria estuviera dejando de crecer y las disminuciones en el sector primario se vieran compensadas por los aumentos en el sector terciario. De proyectar estas cifras, resulta la imagen de una boyante economía de servicios que se terciariza tras haberse industrializado, según el popular esquema de C. Clark (1). Pero esta proyección se demuestra falsa a la vista de las cifras reales de 1981. Desde 1978 a 1981, la población ocupada ha descendido *rápidamente* en la agricultura y la industria, y *ligeramente* en los servicios. Ningún catastrofista ha hecho proyecciones hasta el año 2000 a partir de la evolución de estos últimos años.

Estas extrapolaciones se autodescalifican como métodos de pronóstico (aunque no por ello dejen de ser ampliamente utilizadas) en cuanto nos remontamos a las cifras de 1960. Entre 1960 y 1981, los porcentajes correspondientes a la industria apenas si han aumentado en un 2 por 100 en veinte años. O, mejor, el medio millón corto de puestos de trabajo que se crearon en la industria entre 1960 y 1978 (propriadamente, entre 1960 y 1970) han desaparecido en los tres años que van de 1978 a 1981. De modo que las cosas quedan aproximadamente como si la población ocupada hubiese cambiado directamente un puesto de trabajo en la agricultura por un puesto de trabajo en los servicios, y el crecimiento de la ocupación industrial en los años intermedios hubiera sido un fenómeno coyuntural.

No era esto lo que preveía el modelo de desarrollo de C. Clark; ahora bien, no es sólo España la que se desvía del modelo. Como puede apreciarse en el cuadro 3, lo que ha ocurrido en España ha ocurrido también en todos los países que se han desarrollado industrialmente tras la segunda guerra mundial. El modelo de Clark parece únicamente válido para los países de vieja tradición industrial, que llegaron a tener hasta un 50 por 100 de la población ocupada en la industria. Pero este proceso de terciarización ha afectado aproximadamente por igual a los países industrializados y a los países todavía agrarios (2).

Es decir, que, en los años de la postguerra, los aumentos de productividad industrial han provocado la desagrarización de los países agrarios y la desindustrialización de los industriales; la *industria* ha sido incapaz de ofrecer empleos o puestos de trabajo nuevos en algunos países, ha ofrecido muy pocos en los países más subdesarrollados y ha ofrecido menos en los más desarrollados. Los aumentos de la producti-

(1) C. Clark, *The conditions of economic progress*, Macmillan, Londres, 1940.

(2) Cf. J. Singelman, «The Sectoral Transformation of the Labor Force in Seven Industrialised Countries, 1920-1970», *A. J. S.*, vol. 85, 5, págs. 1224-1234.

vidad industrial han inducido aumentos en la productividad agraria, suficientes en conjunto para dar lugar a una fuerte demanda de servicios, cuya satisfacción ocupa ahora el 48 por 100 de los que trabajan en España. Adoptando una terminología pasada de moda: por cada trabajador *productivo* hay en España un trabajador *improductivo*, y en algunos países más desarrollados, por cada trabajador productivo hay 1,5 trabajadores improductivos. La proporción de estos trabajadores es, sin duda alguna, un buen índice de bienestar colectivo o de nivel de vida. Como puede apreciarse en el cuadro 3, guarda estrecha relación con el PIB per cápita.

Esto quiere decir, en primer lugar, que, si esta dinámica no se invierte, ni España ni el resto de los países de reciente industrialización van a seguir el modelo de Clark; nunca van a llegar al 50 por 100 de población activa dedicada a la industria que alcanzó Alemania, *en una época de baja productividad*; más bien, esta población oscilará entre una cuarta y una tercera parte de la población ocupada, con el resto distribuido entre el sector agrario y el sector servicios. En segundo lugar, significa lo anterior que *la productividad de la agricultura y de la industria* —con una aportación marginal del sector servicios volcado hacia el exterior, como, por ejemplo, el turismo— determinará tanto el porcentaje de población ocupada en los servicios como, dependiendo de la productividad en éstos, los niveles de vida de la población en general.

2. ¿Puede invertirse esta dinámica de productividad y terciarización como consecuencia de la crisis económica actual?

Las opiniones sobre la crisis están, claro es, profundamente divididas. Los marxistas insisten en que se trata de una crisis más de sobreproducción, y siguen con interés morboso las evoluciones de la tasa de ganancia. Atribuyen el mérito de la caída de esta tasa a las conquistas de los asalariados en la distribución funcional de la renta y llegan así, extrañamente, a coincidir con los neoliberales en el diagnóstico y en el remedio: reducción salarial, disminución del gasto público, protección de las multinacionales (3). Otros insisten en señalar que se trata de una crisis diferente, una crisis de oferta: ciertos recursos naturales se encarecen, la renta se trasvasa hacia sus propietarios, el consumo baja, la tasa de ganancia cae y no quedan recursos para la inversión productiva (4).

En mi opinión, y al menos para el tema que aquí nos ocupa, no hay mucha diferencia entre todos estos diagnósticos. No pretendo que todas estas cuestiones carezcan de importancia, pero quiero subrayar que la *cuestión fundamental* sobrepasa el campo de la economía convencionalmente entendida, y que ni las recetas keynesianas, ni las recetas neoliberales, ni los augurios de los marxistas aprovechan gran cosa (5).

(3) G. Arrighi y otros, *La izquierda ante la crisis económica mundial*, Ed. Pablo Iglesias, Madrid, 1980. S. Amin y otros, *¿Cómo será 1984? Debate sobre la crisis y las tendencias del capitalismo mundial*, Ediciones Cero, Madrid, 1976. R. J. Barnett, *The lean years. Politics in the age of scarcity*, Abacus, Londres, 1980. E. Mandel, *Der Spätkapitalismus*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt, 1972.

(4) L. A. Rojo, «La magnitud de la crisis», *Revista de Occidente*, 4.ª época, núm. 1, 1980.

(5) Y se integra en el de la ecología o la «economía energética» que, como mues-

Pues con la crisis, lo que se insinúa es la inversión de una tendencia secular, base de todo el desarrollo económico de Occidente: *la utilización de fuentes de energía cada vez más baratas por medio de una tecnología cada vez más eficiente*. Con la crisis, las fuentes de energía y las materias primas se *encarecen*, y el problema, considerado a nivel global, no es de balanza de pagos, ni de subvenciones, ni de costes reales, ni de distribución de los costes de la crisis, sino el problema del *trabajo necesario para procurarse la energía imprescindible para la producción*. La siguiente cita expresa la peor posibilidad:

«El petróleo y el carbón no van a agotarse, pero la razón entre la energía producida y la necesaria para su producción continuará creciendo hasta que los costes excedan los rendimientos. Si el rendimiento neto de la energía potencial comienza a aproximarse al de la madera, habremos vuelto a una economía basada en la energía solar, y los niveles de vida del mundo habrán regresado a los de hace siglos. Uno de los grandes temas de nuestro siglo es saber si tales cambios sobrevendrán rápidamente como una catástrofe o despacio, en forma de tendencia gradual» (6).

Ahora bien, aun cuando este acercamiento a la madera fuera irreversible, como afirma Odum, sólo originaría empobrecimiento y descenso de los niveles de vida si su ritmo fuera más rápido que el del aumento de la eficiencia en la transformación de esa energía cada vez más cara. Desde luego, existe la posibilidad de que se encuentren en un futuro más o menos próximo fuentes de energía más baratas que las actuales, pero mientras tanto todo progreso habrá de tener lugar en cierto modo contra corriente: no se tratará, como hasta ahora, de fuentes de energía que, por abaratarse, permiten incluso pérdidas de eficiencia, sino de fuentes de energía que, por ser cada vez más caras, exigen aprovechamientos proporcionalmente más eficientes. En este sentido, la explotación de la naturaleza parece haber roto parejas con los progresos de la ciencia, y, como F. Soddy anticipara hace ya muchos años, «parece como si nuestros sucesores fueran a ser testigos de una interesante carrera entre el progreso de la ciencia, por un lado, y el agotamiento de los recursos naturales, por otro» (7).

Los múltiples fenómenos de la crisis actual deben considerarse como modos en que este cambio en las relaciones entre hombre y naturaleza se manifiestan en el marco, y bajo la determinación, del sistema económico capitalista. Para empezar, el capitalismo ha renunciado, en el terreno ideológico, a legitimarse por su capacidad para mantener la abundancia y el pleno empleo, habiendo comenzado en los últimos años la negociación de un nuevo pacto social. Este nuevo pacto social se fundamenta en el reconocimiento de la necesidad de una salida /i-

tra Martínez Alíer, «es muy anterior a 1973». Cf. J. Martínez Alíer, «La ciencia económica y el análisis energético. Discusiones antiguas y recientes», *Papers*, 19, Barcelona, 1983, págs. 121-141.

(6) H. T. Odum, *Environment, Power and Society*, Wiley, Nueva York, 1971. Cit. en G. Foley y C. Naim, *The Energy Question*, Penguin Books, Harmondsworth, 1976, páginas 85 y ss.

(7) F. Soddy, cit. en G. Foley, *op. cit.*, pág. 101, de *Matter and Energy*, Williams & Norgate, Londres, 1912.

beral a una crisis cuya solución es, por lo menos, incierta. Roto el compromiso del pleno empleo, se hace preciso aceptar los rasgos estructurales básicos del capitalismo decimonónico: en primer lugar, que el derecho al trabajo está subordinado a la condición de proporcionar a un capitalista una rentabilidad marginal positiva; en segundo lugar, que sólo cambiando contra los trabajadores la distribución funcional de la ficios, pueden lograrse los fondos de inversión necesarios para reactivar la economía; es decir, que sólo mediante la constitución de un ejército industrial de reserva es posible disminuir los salarios aumentar los beneficios y crear así los fondos de inversión necesarios para aumentar la productividad.

Estas formas de manifestación de la crisis, específicas del sistema capitalista, pueden ser otras en otros sistemas, o adoptar formas más o menos mitigadas según las opciones políticas y sociales de los diversos países. De ahí las diversas alternativas *distributivas* que se han propuesto, e incluso ensayado, para el paro. Por ejemplo, parece teóricamente fácil reducir la jornada de trabajo y no variar la masa salarial, con lo que el trabajo y su remuneración se repartirían entre la población activa, eliminándose el paro; modo de actuar probablemente más consecuente que el del seguro de paro, que sigue repartiendo una masa salarial teórica con criterios que, aunque siguen estando basados en el trabajo, lo están, sin embargo, mucho más laxamente que en el capitalismo liberal. Por último, cabría hacer la asignación de recursos a escala global o planificada, de tal modo que no fuera el beneficio neto, sino la producción bruta, el motor de la economía. Este fomento del subempleo, que actualmente ocurre sólo en las empresas familiares de todo tipo, no sería problemático, pues aumentaría el producto total sin reducir, o incluso aumentando, el excedente de explotación. Ahora bien, cualquiera que fuera la forma en que se organizara la distribución de la nueva pobreza, todo sistema económico se encontraría con la necesidad de combatir esta pobreza con el aumento de la productividad; para ello es preciso aceptar la pobreza, reducir el consumo para fomentar la inversión. En los sistemas capitalistas, esto sólo puede hacerse de modo indirecto, aumentando la tasa de ganancia, de modo que sean los trabajadores quienes paguen el encarecimiento de la energía. Una vez conseguido esto, hay todavía que conseguir que lo acumulado en manos privadas se invierta productivamente, en lugar de darle otros usos. Ahora bien, tanto dentro como fuera del capitalismo, hay un abismo entre la acumulación de capital por cualquier medio que se consiga, el logro de pleno empleo y la superación de la crisis (en el sentido de retorno al crecimiento económico). La crisis puede ser tan persistente que se invierta la *dinámica* de aumento de la productividad y de la terciarización de que estábamos tratando. Veamos en detalle las salidas que ofrecen la llamada nueva división internacional del trabajo y las llamadas nuevas tecnologías.

3. Milagrosos efectos parecen esperarse del microprocesador y de la ingeniería genética. Lo que está a la orden del día es, desde luego, la «revolución microelectrónica». Como dice Y. Deforge, «los promotores de la informática desarrollan una *estrategia de lo ineluctable* que

consiste en anunciar cifras para los años venideros basándose en extrapolaciones a partir de los datos de Estados Unidos, para luego decir que todo retardo en relación a estas previsiones es una pérdida de competitividad para los otros países» (8).

Así, los microordenadores son, hoy por hoy, un fantasma que recorre Europa. Despiertan entusiasmos estúpidos y rechazos viscerales. Para sus entusiastas, suprimirán las tareas repetitivas en la industria y los servicios. No crearán nuevos productos, pero agilizarán la producción de los existentes. La verdadera revolución tendrá lugar, sin embargo, en las oficinas: el manejo de ficheros, el correo electrónico, procesadores de palabras, «información sin papel» para educadores, periódicos electrónicos, cheques y transferencias...; prácticamente ninguna esfera de los servicios actuales quedará sin revolucionar con la introducción del microprocesador. Su precio es la garantía de su rápida difusión: la Texas Instruments anunció en 1978 que su pastilla de 64 k de memoria costaría 55 dólares en un primer momento, 38 en 1979, 18 en 1980, 8 en 1983 y 4 en 1985 (9).

Los escépticos recuerdan que todo esto les suena: iba a ocurrir hace veinte años, cuando aparecieron los primeros ordenadores; pero aquella revolución nunca se produjo. Los pesimistas, por último, señalan sus consecuencias para el empleo: se ha calculado que eliminará entre el 30 o el 40 por 100 de los empleos en el sector servicios, y que, en todo caso, su fabricación supondrá un puesto de trabajo por cada cinco que suprima. Por supuesto, han sido los sindicatos los más profundamente alarmados ante todo esto.

¿Cuál será el ritmo de implantación de estos microcomputadores que, por fin, realizarán la producción automática mediante robots, la transmisión automática de los mensajes, la selección automática de la información? ¿En cuánto tiempo llegaremos a la utopía? Quizá no sea imprudente esperar que pase con toda la microelectrónica lo que se espera de una aplicación suya, los robots: su introducción exige cambios radicales en los sistemas de fabricación, organización y control. Vendrán, pero no de la noche a la mañana (10).

4. En suma, la energía se encarecerá, las materias primas escasearán. Pero poco a poco. Los microprocesadores se extenderán, los robots formarán parte de nuestra vida cotidiana; pero no en un abrir y cerrar de ojos. La relación entre estos dos ritmos es fundamental. En la carrera entre el progreso de la ciencia y la tecnología y el encarecimiento de los recursos naturales, no importa solamente el ganador; importa,

(8) Y. Deforge, *Demain la vie. Etude sur la preparation à la vie du travail*, Consejo de Europa, multicopiado, 1980. La ingeniería genética, en cambio, es algo más arcano. Basada en el trabajo descubrimiento de cepas de microorganismos capaces de transformar químicamente unas sustancias en otras mediante procesos limpios y baratos, es ya la base de numerosos procesos de fabricación industrial, y no constituye una tecnología tan sensacional como la de los robots y los ordenadores. Todo el mundo está de acuerdo aquí en un punto: es algo prometedor pero lento; quizás porque no depende exactamente de un proceso de *marketing*.

(9) Cf. sobre este asunto la excelente colección de artículos recopilada por T. Forrester (ed.), *The Microelectronics Revolution*, Basil Blackwell, Oxford, 1980.

(10) A. C. Robinson, «Electronics and Employment. Displacement Effects», en T. Forrester, *op. cit.*, pág. 318.

sobre todo, el ritmo de la carrera y la ventaja que el uno saque al otro. Ambos pueden progresar muy rápidamente. Si el encarecimiento energético va por delante, puede que tengamos que trabajar más que ahora, en condiciones técnicas mucho más complicadas, para que los niveles de bienestar no descendan alarmantemente. Dicho de otro modo, puede que haya que dedicar a la obtención de la energía todo el tiempo de trabajo liberado por los ordenadores y demás tecnología, e incluso un poco más. Si sus avances van *pari passu*, habrá que resolver tan sólo los actuales problemas económicos relativos a la inversión, el crecimiento económico y el paro. En la medida en que los aumentos de productividad saquen ventaja, nos acercaremos a una sociedad con pocas horas de trabajo y mucho tiempo de ocio a gastar en actividades que dependerán del tipo de trabajo que se esté haciendo. Habrá que resolver el problema de la distribución del tiempo de trabajo entre la población activa y el de la distribución de los bienes de consumo según el trabajo hecho por cada cual a lo largo de su vida; habrá que resolver incluso el problema de las cajas de pensiones y la Seguridad Social.

Las tres evoluciones son posibles. Pero son *menos* probables las situaciones extremas que las situaciones medias. Lo más probable es que los robots vengan despacio, seguramente un poco más despacio o un poco más deprisa que la escasez de materias primas. Ni a la vuelta de un lustro ni a la vuelta de cinco nos esperan las utopías. Lo que sí nos esperan son problemas.

5. Hay quien considera lo que se llama *nueva división internacional del trabajo* como una estrategia para superar la crisis; en realidad, se trata sólo de una estrategia de expansión de ciertas empresas multinacionales, que sitúa el problema, de todas formas, en el marco de la economía mundial. Las compañías multinacionales, en efecto, ante la necesidad de controlar los costes de la fuerza de trabajo, «pueden hacerlo manteniéndose en casa y automatizando la producción, o trasladándose a mercados más baratos. La estrategia usual de las corporaciones multinacionales es hacer ambas cosas» (11). Los aumentos de la productividad, y el paro, se distribuyen entre los países dependiendo de estas estrategias.

Según Mandel, hasta un 5 por 100 de las inversiones industriales se reorientan hacia diez países en proceso de industrialización que tienen ventajas comparativas en manufacturas intensivas en mano de obra: textiles, confección, calzado, muebles, electrónica, astilleros, motores (12). Tales países (según Cacace, son Corea, Taiwan, Singapur, Hong

(11) R. J. Barnett, *The lean years, Politics in the age of scarcity*, Abacus, Londres, 1981, pág. 245. La obra fundamental al respecto es la de F. Froebel, J. Heinrichs, O. Kreye, *Die neue internationale Arbeitsteilung*, Rowohlt Verlag, Reinbeck bei Hamburg, 1977. Los autores sostienen que la crisis es precisamente resultado de una nueva división internacional del trabajo, que consiste en que «por primera vez en la historia de la economía mundial, desde hace quinientos años, puede hoy producirse de modo rentable a escala creciente para el mercado mundial en el ámbito de la industria manufacturera en los países subdesarrollados. Además, la producción de mercancías se divide cada vez más en procesos parciales que se ajustan a lo largo y lo ancho del mundo a las combinaciones de capital y trabajo óptimas en cada caso», pág. 31.

(12) Cf. Mandel, en G. Arrighi y otros, *op. cit.*

Kong, España, Grecia, Portugal, Brasil y México) pueden pasar de suponer el 8 por 100 de la población industrial en 1980, a suponer el 18 por 100 en 1990 (13).

Si no se imponen barreras proteccionistas a la producción de estos países, y si los países más industrializados mantienen con ellos una balanza comercial equilibrada, se creará un fuerte desempleo, al menos en las ramas mencionadas. También, claro está, dispondrán los consumidores de productos baratos, debidos a los bajos salarios de estos países. La mano de obra así liberada puede dedicarse a ramas de mayor productividad. Por supuesto, a la producción de máquinas herramienta para exportar a los países de nueva industrialización; pero también a otras ramas. La medida en que esto se vaya a lograr es materia de suposiciones completamente distintas, y raramente discutidas, según los autores (teóricos de la dependencia, sindicalistas, etc.). Pero, sin duda, los países industrializados se verán obligados a una reestructuración de su industria teniendo en cuenta que están dentro de una «factoría global» (14).

Por lo que se refiere a la «nueva división internacional del trabajo», España parece estar situada en una peligrosa zona intermedia. No puede situarse entre los nuevos países industrializados, cuya ventaja comparativa principal reside en la mano de obra barata; pero tampoco puede compararse a Japón, pese a la semejanza entre la evolución de la población activa industrial de ambos países (15). A primera vista, los salarios son casi tan altos como en los países industrializados, mientras que la estructura del empleo industrial es casi semejante a la de los países industrializados periféricos. Podría decirse que tenemos los inconvenientes de todos y las ventajas de ninguno. Probablemente, *habremos de importar textiles sin poder exportar microordenadores, y, por ambos lados, se irán destruyendo puestos de trabajo.*

¿Lograremos aumentar la productividad de tal modo que sea posible contrarrestar la tendencia al aumento de los precios de las materias primas? Según el Banco de Urquijo, «para la década de los 80 cabe prever aumentos de la productividad similares a los de los últimos años (alrededor del 4 por 100) habida cuenta de las previsibles inversiones con un grado superior de tecnología incorporada y, sobre todo, de la aceleración del incremento de la productividad agraria, fruto de una capitalización creciente del sector agrícola con vistas al ingreso en la CEE» (16). Esta previsión, sin embargo, peca gravemente de optimismo. La productividad total creció entre 1974 y 1977, en efecto, a un ritmo próximo al 4 por 100 anual. Pero sólo un 0,8 por 100 se debió al aumento de la productividad en las industrias. El resto se debió a los servicios (1,6), a la agricultura (0,9) y a los efectos del trasvase de población activa de la agricultura a los otros dos sectores (1,1). En

(13) N. Cacace, *Employment and Occupations in Europe in the 1980*, Consejo de Europa, multicopiado, 1980.

(14) R. J. Barnett, *op. cit.*

(15) Véase cuadro 3.

(16) Cf. Servicio de Estudios del Banco Urquijo, *La economía española en la década de los 80*, Alianza Universidad, Madrid, 1981, pág. 394.

los años anteriores, en cambio, el aumento de productividad debido a la industria era, por término medio, del 2,5 por 100 (17).

Como indicamos, eran los aumentos de productividad en la industria (no de ocupación), los que venían permitiendo los aumentos de productividad consecuentes al cambio o trasvase de la población de la agricultura a los servicios. Tales incrementos, sin embargo, tienen una dinámica forzosamente descendente. En primer lugar, porque la productividad agraria tiende a igualarse a la de los otros dos sectores: entre 1970 y 1980 pasó de equivaler al 40 por 100 a ser igual al 60 por 100, con lo que descienden progresivamente los efectos del trasvase. En segundo lugar, porque el proceso de trasvase corre peligro de enlentecerse, dado el freno de la actividad en el sector industrial. En tercer lugar, y sobre todo, porque los presuntos aumentos de productividad en el sector servicios pueden muy bien constituir puras ilusiones monetarias, dada la estructura redistributiva que impone en ellos, por ejemplo, la administración. Abandonada a su dinámica actual, por consiguiente, es muy improbable que la economía española experimente aumentos de productividad, no ya espectaculares, sino ni siquiera semejantes a los de la década anterior.

Aunque puede ocurrir que se encuentre un nicho, en alguna rama de la producción (quizá la fabricación de tornos, quizá la de zapatos), desde el que se pueda resultar competitivo en los mercados internacionales, en cualquier caso, es dudoso que se vaya a lograr mantener el actual nivel de vida: contando con un aumento de la población activa del 1 por 100, parece necesitarse para ello una tasa del 7 por 100 de crecimiento del PIB (18).

III. LA CUALIFICACION DE LA FUERZA DE TRABAJO DEL AÑO 2000

¿Qué efectos tendrán sobre la fuerza de trabajo y sobre su cualificación la acción combinada de la crisis energética, el aumento del paro y la «revolución» producida por la informática?

1. Los optimistas insisten: «El nivel medio de las tareas a realizar por los empleados se elevará. Al mismo tiempo deberá elevarse el nivel de su formación técnica. Esta revolución hará necesaria una transformación del sistema educativo, a fin de que se adapte a las nuevas necesidades del mercado de trabajo» (19).

«El input primario es el conocimiento, y el recurso más importante de la sociedad postindustrial es el capital humano... El mayor problema es el de transferir gente de la industria manufacturera, donde los empleos están cayendo a ritmo alarmante, a las industrias del conocimiento, que han de ser subvencionadas por el gobierno» (20).

(17) A. Espina, «Cambios de estructura y crecimiento de la productividad de la economía española 1964-1978. Un análisis aproximativo», multicopiado.

(18) Véanse las previsiones del Servicio de Estudios del Banco Urquijo, *op. cit.*, y de A. Espina y otros, «La oferta de trabajo. Situación y perspectivas», *Información Comercial Española*, núm. 553, septiembre 1979.

(19) M. Valleix, *Rapport sur les effets sur l'emploi de l'utilisation intensive des microordinateurs*, Consejo de Europa, Estrasburgo, 1980 (mec.).

(20) G. Stonier, en Forrester, *op. cit.*

«Si consideramos el impacto sobre la fuerza de trabajo como un todo, esperamos que la automatización origine una disminución general de las personas dedicadas a trabajos rutinarios. En consecuencia, habrá un porcentaje mayor de empleados en ocupaciones de servicios y también probablemente en ocupaciones técnicas» (21).

Los pesimistas contradicen:

«Hasta hace poco, la tesis era ampliamente compartida...: pronto las tareas de ejecución serán confiadas a autómatas y solamente quedarán empleos de alta cualificación. Se necesitarán muchos técnicos e ingenieros, se necesitará mucha promoción social. Pero pese a la expansión, los empleos de alta cualificación crecieron más lentamente de lo que se había predicho. La expansión ha tenido lugar mediante la creación de empleos no cualificados al nivel de ejecución...» (22). No sólo se eliminarán empleos, sino que se harán, en su mayor parte, todavía más rutinarios.

2. La hipótesis más aceptada es, sin embargo, la de la *polarización*. Lo que el futuro parece deparar es un doble proceso de cualificación minoritaria y descualificación mayoritaria de la fuerza de trabajo (23). No sólo autores críticos o marxistas, también pertinaces defensores y propagandistas de la revolución microelectrónica, están de acuerdo en este modo de ver las cosas: «De hecho, la fuerza de trabajo puede estar estructurada en el futuro en forma de grandes números de obreros relativamente descualificados, en un extremo, directores y técnicos de alta cualificación en el otro, y muy pocos individuos de cualificación media entre ellos» (24). Diversas investigaciones empíricas sobre condiciones de trabajo documentan esta tendencia en diversos países y también en España (25).

IV. LAS DISFUNCIONALIDADES DEL SISTEMA EDUCATIVO

Si la tendencia a la cualificación/descualificación de la mano de obra se mantiene en el futuro, *resultará cada vez más difícil mantener*

(21) H. Simon, en Forrester, *op. cit.*

(22) Cf. Y. Deforge, *op. cit.*

(23) Cf. M. Freyssenet, *Qualification du travail. Tendance et mise en question*, Documentation Française, París, 1975 (mecan.). G. Müller y otros, *Oekonomische Krisentendensen im gegenwertigen Kapitalismus*, Campus Verlag, Frankfurt, 1978. También el núm. 2 de la revista *Sociología del trabajo*, dedicado íntegramente a este tema, con artículos de O. Homs y S. E. Sánchez, I. Fernández de Castro, M. Freyssenet, M. Dadoy, B. Coriat, P. Roble y P. Tripier y O. Mickler.

(24) A. C. Robinson, «Electronics...», en Forrester, *op. cit.* En todo caso, y medida por las denominaciones convencionales, la cualificación de la mano de obra no ha variado prácticamente en los últimos veinte años en los países europeos. Como dice Cacace: «Es lamentable que no haya estudios precisos, por países y sectores, de la estructura cualitativa de la demanda de trabajo. Las estadísticas son incompletas y obsoletas, por no mencionar el hecho de que muchas veces resultan infladas por las victorias sindicales. Un hecho es cierto: de todos los estudios precisos llevados a cabo en diferentes firmas, sectores y países, resulta que, con contadas excepciones, no ha habido mejora con el paso de los años. Las estadísticas de la CEE de 1960 a 1975, aunque incompletas, ponen de relieve esto mismo.» (N. Cacace, *op. cit.*, página 26.)

(25) Cf. J. J. Castillo y C. Prieto, *Condiciones de trabajo. Un enfoque renovador de la Sociología del Trabajo*, CIS, Madrid, 1983, págs. 19 y ss., donde se aluden varios de estos estudios.

la tesis de la funcionalidad de los sistemas educativos respecto a los sistemas productivos. Lo sorprendente será, más bien, que alguna vez parecieran acoplarse. Destacan hoy tanto las disfunciones del sistema educativo con respecto al sistema productivo, que pudiera hablarse de una contradicción inherente a las sociedades industriales en general (capitalistas privadas o de Estado): desde el punto de vista del proceso de trabajo tienden a sobreproducir fuerza de trabajo cualificada.

1. Conviene insistir en que esta sobrecualificación es relativa a las presuntas necesidades de mano de obra en la industria, siendo mucho más discutible si la consideramos desde el punto de vista de los servicios. En todo caso, cabe preguntarse por los mecanismos que generan esta tendencia de los países industriales a la sobreproducción de educación.

Una explicación economicista combina la devaluación de los títulos con los mecanismos de selección en el mercado de trabajo. La demanda de educación es insensible a la oferta de puestos de trabajo porque la educación es un *bien posicional*, una necesidad defensiva frente a los demás. El título puede no servir de nada en la realización de un trabajo, pero como los empleadores lo estiman como criterio de selección, es necesario para la obtención de ese trabajo. De ahí resulta que estudian todos, unos contra otros; y exigen del Estado y de las Instituciones públicas una educación barata que los coloque en ventaja en la cola de trabajo. Como consecuencia, asistimos y asistiremos a una sobrecualificación masiva de la mano de obra (26).

Probablemente, la explicación economicista es parcial y hasta en exceso complicada. A lo sumo, el fenómeno es sólo un componente de la *disimetría intrínseca entre la demanda social y el sistema económico*. Una disimetría que viene expresada justamente en las palabras «social» y «económico»: la demanda de educación obedece a todas las posibles motivaciones económicas, sociales y culturales; la demanda del sistema económico es, simplemente, demanda de cualificaciones *productivas*. Como dice Y. Deforge: «La demanda del sistema social es una demanda de *democratización y de educación generalizada*, y la demanda del sistema económico es una demanda de personal *altamente cualificado* en los sectores económicos clásicos...» (27).

Según esta interpretación más amplia, el sistema educativo superaría como mucho las estrechas funciones en que lo querría encerrar el sistema productivo. No solamente no es funcional, sino que más bien es *necesariamente disfuncional*; esta disfuncionalidad no es sino un aspecto o manifestación parcial más de la contradicción básica entre el aumento del nivel de vida y el mantenimiento de prácticas y métodos de producción alienantes y estupidizantes. *La mejora del nivel de vida da a los individuos la posibilidad de cultivar ciertas cualidades suyas en el sistema escolar; pero les niega luego, en el seno de la producción, el ejercicio de lo que les ha permitido adquirir.*

(26) Exposiciones más detalladas pueden encontrarse en J. Carabaña, *Educación, ocupación e ingresos en la España del siglo XX*, Madrid, MEC, 1983, y en el reciente artículo de E. Medina, «Educación, Universidad y mercado de trabajo», en *REIS*, núm. 24, 1983, págs. 7-47.

(27) Cf. Y. Deforge, *op. cit.*

2. Por lo que se refiere al sistema educativo español, conviene partir de dos consideraciones más o menos obvias, pero desatendidas, acerca de la falta de flexibilidad de los sistemas educativos en general.

La primera es que la producción de un licenciado dura como mínimo once o doce años; la de un doctor, no menos de quince; la de un graduado en escuelas universitarias, no menos de diez.

La segunda es que la coyuntura económica desfavorable influye en las etapas iniciales de la escolarización voluntaria, pero apenas si tiene alguna influencia posteriormente. La matrícula estudiantil es muy elástica al alza y muy inelástica a la baja.

Teniendo esto en cuenta, se comprende que el aumento de los alumnos de Bachiller producido en la «década del crecimiento» haya resultado en un incremento paralelo de los licenciados en los momentos actuales (en torno a los 300.000, la mitad de la generación). El estancamiento de los alumnos que cursan el BUP, producido por la Ley General de Educación (y quizá también por la crisis económica) comenzará a traducirse en un estancamiento de los flujos de licenciados (en torno a 50.000) a partir de 1984 y, preferentemente, a partir de 1986. Si se atendieran *ahora* las abundantes propuestas malthusianas, los *flujos* de licenciados se reducirían dentro de *diez años*.

Los desajustes entre el sistema educativo y el productivo parece que no se reducen a la tendencia aludida a la sobrecualificación de la mano de obra. También parecen tener ciclos inversos: lo abundantemente sembrado durante los períodos expansivos da sus frutos precisamente en las crisis; y las restricciones impuestas en las crisis resultan en escaseces durante las expansiones (28).

El cuadro 4 refleja una proyección de la composición por edades y estudios de la población activa del año 2000, realizada a partir de las cifras de la EPA de 1980. Entre los cuarenta y cinco y los sesenta y nueve años, los niveles educativos son los que da la EPA para la gente que ahora tiene veinte años menos; entre los veinticinco y los cuarenta y cuatro, los niveles son los que resultarían si los actuales flujos escolares siguieran estabilizados. Como puede verse, casi desaparecerán los analfabetos, algún tipo de estudios secundarios sustuirá a los primarios como nivel modal o más frecuente, y quizá un 12 por 100 de la población activa tendrá estudios universitarios, seis al nivel de licenciados y otros seis al de graduados en escuelas universitarias. *Todo ello, como resultado de flujos sobre los que muy poco se puede influir ya.*

Esta será la *oferta* de población activa para el año 2000. Resulta más difícil hacer una predicción numérica de la demanda. Pero si aceptamos la hipótesis de la cualificación minoritaria y la descualificación mayoritaria de la fuerza de trabajo, puede bastarnos con dar algún retoque a los niveles de cualificación actuales.

(28) Que yo recuerde, nadie criticó la Ley General de Educación por ir a *desajustar* el sistema productivo y el educativo, sino exactamente por ir a *ajustarlos*. La hábil maniobra tecnocrática ha acabado fracasando estrepitosamente. Sobre las cifras de estudiantes: Cf. J. Carabaña y J. Arango, «La demanda de educación universitaria en España: 1900-2000», *REIS*, núm. 24, 1983, págs. 47-89.

Tales niveles, groseramente desagregados como lo hace la encuesta de salarios, se encuentran en el cuadro 5. Baste notar que los técnicos titulados son un 3 por 100 y los peones y aprendices son un 33 por 100, una tercera parte de la fuerza de trabajo. Aceptando que las categorías de estudios universitarios se corresponderán aproximadamente con las categorías laborales de los técnicos titulados y sin titular, y que los estudios medios se corresponderán con los administrativos y con los obreros cualificados, los obreros no cualificados, peones y aprendices tendrían que reclutarse entre ese 10 o 20 por 100 que abandona la escuela antes de acabar la escolaridad obligatoria. Necesariamente, por tanto, habrá entre ellos individuos con estudios medios. Los peones jóvenes del año 2000 habrán ido diez años y más a la escuela, y harán el mismo trabajo que algunos de sus abuelos analfabetos.

3. Quiere esto decir que parece inevitable que se produzcan en el futuro cambios importantes en la naturaleza de la relación entre titulación académica y cualificación para el puesto de trabajo, o, por lo menos, en la correspondencia actualmente existente entre ellas. Parece evidente que se está produciendo, y se tendrá que seguir produciendo, una pauta de correspondencia entre educación y cualificación distinta de la actual, y que esa nueva pauta de respuesta a la «sobrecualificación» no se va a imponer sin problemas ni tensiones.

Para examinar la naturaleza actual de esa relación, es aconsejable distinguir, en la medida de lo posible, entre educación e instrucción, o, también, entre lo que es educación de tipo general y lo que es educación específicamente profesional. Es tanto más importante esta distinción cuanto más mezclados andan ambos tipos de educación en los sistemas educativos actuales, y cuantos más intereses e ideologías conspiran para borrarla en la práctica (cosa que puede ser perfectamente lícita) y en la teoría (donde la confusión conduce sistemáticamente al engaño). Aunque insistiré luego en este punto, adelantaré aquí que sólo puede hablarse de «sobreeducación» como sinónimo de «sobrecualificación» cuando se hace referencia a la educación o instrucción específicamente profesionales, pero no cuando se hace referencia a la educación estrictamente general. Puede haber exceso de médicos, abogados o patronos de pesca titulados, y puede que, a consecuencia de este exceso de la oferta sobre la demanda, algunos o muchos de ellos realicen funciones de enfermeros, administrativos o marineros; pero no tiene sentido alguno hablar de exceso de escolarización cuando la enseñanza obligatoria de tipo general se extiende a los catorce, dieciséis o dieciocho años. La alternativa a la sobreeducación del primer tipo es ordenar el sistema educativo de modo que los parados sean siempre gente sin cualificar profesionalmente; la alternativa a la del segundo tipo que los parados sean, además, los más incultos e ignorantes.

Las teorías actuales sobre la naturaleza del nexo entre educación formal y tipo de ocupación son básicamente de dos tipos (29). En un

(29) Una exposición más detallada en E. Medina, «Educación, Universidad y mercado de trabajo», *op. cit.* También el núm. 3-4 de la revista *Sociología del trabajo*, dedicado a *Mercado de trabajo y relaciones de producción*.

extremo se cuentan los que sostienen que la educación aumenta la *productividad* y que las razones de la economía son siempre económicas. En el otro extremo se encuentran quienes piensan que la relación entre educación y posición social tiene poco que ver con la productividad y mucho con la dominación y el control de los trabajadores y con la legitimación de las desigualdades en general. Para los primeros, la función de la educación es ante todo económica, aunque sea económica en sentido amplio: las posiciones funcionalmente importantes requieren capacidades poco frecuentes que la educación proporciona. Para los otros, la función de la educación es sobre todo legitimadora de la distribución de posiciones y recompensas desiguales, y su nexo con la posición social no es un nexo *productivo*, sino un nexo *distributivo o credencialista*. Nos encontramos, en suma, ante dos posiciones extremas que bien pudieran coincidir parcialmente con la realidad.

Sabemos demasiado poco sobre la naturaleza de la relación secular entre educación y ocupación para poder inducir de ello algo concluyente sobre su evolución futura. Pero quizá pueden obtenerse algunos indicios sobre los mecanismos que se ponen en marcha cuando ocurren desajustes entre la oferta y la demanda de cualificaciones. Por ejemplo, en España crece el número de personas ocupadas con titulación superior, a pesar de la crisis económica. Podemos preguntarnos si se han empleado en las condiciones existentes antes de la crisis, o si se han subempleado en relación a los empleados con más edad e igual titulación. Y caso de que se hayan subempleado, podemos intentar averiguar si el subempleo consiste en que han conseguido ocupaciones de status más bajo, de ingresos más bajos o con ambos más bajos que lo que se conseguía con los mismos estudios antes de la crisis.

Una intensa investigación sobre temas paralelos a éstos se ha llevado a cabo en Estados Unidos, a partir sobre todo de la obra de R. Freeman (30), que ha dado pie a una larga polémica a propósito de los graduados en *College*. Según Freeman, hubo un descenso de la demanda de este tipo de graduados durante el período de 1969 a 1974, como consecuencia de lo cual cayeron sus salarios y oportunidades de empleo en relación a los restantes grupos de asalariados. El valor neto de cuatro años de escolarización en *College* pasó de ser 1.650 a — 4.630 dólares, lo que trajo consigo una reducción de la matrícula. Freeman no se planteó si habían descendido los salarios en las ocupaciones típicas de los graduados o si es que ahora tenían ocupaciones distintas, de prestigio e ingresos más bajos.

Los argumentos de Freeman son tan ortodoxos que parece difícil pensar que las cosas ocurrieran de otra manera. Según él, el descenso en los salarios de los graduados vino determinado por cambios en la estructura de la demanda de mano de obra. F. Welch (31) mostró con los mismos datos, tomados durante un período de tiempo más extenso, que el descenso de ingresos se debía, al menos en parte, también a un

(30) R. Freeman: «Overinvestment in college training», *Journal of Human Resources*, X (3), 1975, págs. 287-311.

(31) F. Welch, «Effects of Cohort Size on Earnings. The Baby-Boom babies financial bust», *Journal of Political Economy*, vol. 85, 5, parte 2, págs. 65-98.

aumento de la oferta de mano de obra consecuencia del *baby boom* de la postguerra. En todo caso, los hallazgos empíricos de ambos autores siguen las líneas de la teoría económica tradicional. Cuestión distinta es la de los cambios en las ocupaciones que median entre educación e ingresos. Inspirándose en Thurow, Rumberger (32) ha creído encontrar que en realidad no ha habido empeoramiento de la remuneración, sino solamente de la situación ocupacional; después, Hauser y Featherman (33) han desmentido la existencia de un credencialismo tan elevado, manteniendo que no ha variado la remuneración de los puestos de trabajo y de las ocupaciones, pero sí que ha disminuido el nivel de prestigio ocupacional correspondiente a los diversos niveles educativos. La excesiva oferta de graduados los lleva a ocupaciones cada vez peor remuneradas, pero no lleva a un descenso en la remuneración de estas ocupaciones. Toda esta discusión sobre datos empíricos viene a mostrar, en suma, que no ya la naturaleza, sino la magnitud y dirección de las correlaciones entre educación, ocupación e ingresos, pueden establecerse con una mínima claridad a este nivel macro. Lo que la teoría predice, la investigación no lo encuentra.

4. A nivel micro, en cambio, parece que el aumento en la escolaridad formal lleva a una «sobrecualificación» de la fuerza de trabajo en sentido técnico, pero sobre todo en el sentido de las relaciones sociales en el interior de las empresas. Parece haber amplia evidencia sobre una serie de tensiones y problemas a este nivel, que, según Cacace, están siendo ampliamente infraestimadas en Europa: «Se refieren a las relaciones humanas en las grandes empresas, a las diferencias de calidad entre la oferta y la demanda de mano de obra, nuevos problemas salariales, la demanda de voz en la toma de decisiones (no sólo en la sociedad, sino también en el lugar de trabajo), la necesidad de predicciones más precisas sobre las necesidades de personal cualificado por sector y tipo de cualificación y, *last but not least*, el contenido y los métodos de la educación, la formación y la orientación» (34).

En efecto, si, por un lado, las encuestas reflejan un crecimiento de los trabajadores que sienten infrutilizadas sus capacidades en el puesto de trabajo, y que, paralelamente, descienden los niveles de satisfacción con el trabajo; y si, por otro lado, los abanicos salariales se estrechan paulatinamente en relación a la cualificación (35), parece inevitable que las demandas se centren cada vez más en las condiciones de trabajo. Así, aumentan las aspiraciones a la participación y a la democracia laboral, se intensifica la crítica a la fragmentación y monotonía del trabajo y, en general, la mano de obra se vuelve cada vez menos su-

(32) R. N. Rumberger, «The economic decline of college graduates: fact or fallacy», *Journal of Human Resources*, XV (1), 1980, págs. 100-121.

(33) D. Featherman, R. D. Hauser, *Opportunity and Change*, Academic Press, Nueva York, 1978, págs. 342 y ss.

(34) N. Cacace, *op. cit.*, pág. 17.

(35) Cf. V. Pérez Díaz, «Los obreros españoles ante la empresa en 1980», *Papeles de Economía Española*, núm. 7, 1981, pág. 289. A. Cayero, «Empleo y educación. El consumo de educación por la economía de Vizcaya (1970-1979)», *Boletín de Estudios Económicos*, núm. 103, 1979, pág. 97. J. E. Sánchez, «El desarrollo de las fuerzas productivas: cualificación, organización del trabajo y formación», *Sociología del trabajo*, número 1, 1979, pág. 65.

misa y más «ingobernable». De tal modo, que empresarios, sindicatos, políticos e investigadores están prestando cada vez más importancia a las condiciones de trabajo, al lado de la otorgada a la remuneración salarial (36).

V. DOS TIPOS DE REACCION

Las reacciones ante todos estos problemas pueden agruparse en dos grandes tipos. De un lado están las propuestas de evitar lo inevitable; mantener la relación actual (sea ésta cual sea) entre titulaciones y ocupaciones, *frenando la expansión del sistema educativo*. De otro están quienes proponen afrontarlo: aceptar la expansión educativa como algo positivo, y redefinir las relaciones entre educación formal y mercado de trabajo. Pasemos revista, sumariamente, a los argumentos de unos y otros.

1. Una respuesta refleja al problema es la *planificación racional del sistema educativo de acuerdo con las necesidades del sistema económico (o con las necesidades de la sociedad)*. Pese al fracaso de las políticas de previsión de las necesidades de fuerza de trabajo en todo el mundo (España incluida) no hay programa de partido político que no deje de pagar tributo a la ignorancia o a la demagogia prometiendo la aplicación de esta receta mágica, que, por lo demás, derechas e izquierdas interpretan de modos bien distintos.

Las derechas suelen quedarse en un endurecimiento de la selectividad que «aumente la calidad» y restrinja la oferta de titulados, a fin de mantener el erosionado diferencial de ingresos de las varias «clases medias». Las izquierdas suelen inclinarse por la satisfacción de determinadas necesidades sociales insatisfechas, suponiendo, claro está, que sus clientelas electorales quieren precisamente eso.

No será menester argumentar largamente al lector atento las razones por las que una planificación global que ajuste educación y producción, es imposible. En primer lugar, porque la evolución de la economía es difícilmente predecible, y, en segundo lugar, porque, si lo fuera, todavía quedarían amplios márgenes de indeterminación en la cualificación necesaria para la mano de obra. Esto vale, a *fortiori*, para las necesidades sociales. Pero si esto fuera poco, resulta que los flujos de graduados cuestan mucho de alterar, y que las alteraciones de los flujos influyen sólo lenta y gradualmente sobre los stocks. En esta situación, no es extraño que las promesas de planificación se resuelvan siempre en arbitrios varios con uno u otro sesgo partidista.

Un argumento en que la derecha apoya su programa de fomentar en lo posible la ignorancia de la ciudadanía es el del gasto. Hay que ahorrar todo lo superfluo, empezando por la educación.

En la década de los sesenta, la derecha descubrió alborozada el carácter productivo de la inversión en educación. En la década de los 80,

(36) Cf. La obra ya citada de J. J. Castillo y C. Prieto, *Condiciones de trabajo...*, CIS, Madrid, 1983.

la impresión dominante es que la inversión educativa no es, por el momento, económicamente rentable. Ahora bien, en estos momentos de crisis, lo urgente es reducir el consumo privado y el gasto público, para bajar los tipos de interés y relanzar el beneficio, con el beneficio la inversión y con la inversión el crecimiento. Luego la educación es enemiga del crecimiento y, tratándose de algo superfluo, bien pudiera empezarse el ahorro por ella. Al cabo, la oferta de educación barata por parte del Estado (que se somete a las presiones de las burocracias y los cuerpos de enseñantes), es un factor decisivo para que la demanda social de educación se hinche por sobre las necesidades del mercado de trabajo (37).

El argumento básico de la izquierda para defender una planificación no selectiva es el de las necesidades sociales insatisfechas. Rápidamente se echa mano de indicadores y comparaciones internacionales (médicos por 100.000 habitantes, universitarios por lo mismo, población sin escolarizar o deficientemente escolarizada, etc.) y se concluye que todavía no tenemos exceso, al menos comparando con el país puntero en cada aspecto.

Aceptada la planificación y no queriendo renegar de un programa educativo expansionista, la solución se encuentra en que el Estado no repare en gastos para emplear titulados universitarios: «Lo más lógico con vistas a resolver este grave problema habría de ser que el sector público, mediante la intensa expansión de servicios que son intensamente demandados, como educación, sanidad, vivienda, servicios recreativos y culturales, etc., asumiese gran parte de la responsabilidad en orden a la inserción de estos profesionales que el sector privado se revela incapaz de integrar» (38).

2. Soluciones tan reflejas como la planificación son la adecuación de los contenidos y el fomento de la orientación escolar y vocacional.

La «adecuación de contenidos» la reclaman los titulados en paro a los que las empresas exigen experiencia, amén de ciertas agencias dedicadas a estrechar relaciones entre universidad y empresa. Y la avalan sin reparos tratadistas de cualquier convicción. Las formulaciones son varias: puede hablarse de «déficit de cualificación», de «poner la universidad al servicio de la comunidad en que se inserta», de «dignificar la formación profesional» y, más en general, hasta de «conectar la escuela con el entorno», eliminando el teoreticismo y haciendo la enseñanza más práctica.

(37) Algo así sostiene, por ejemplo, V. Pérez Díaz, aunque sólo a corto plazo. Sus argumentos, a mi entender, no son muy robustos. De 1970 a 1979, el presupuesto de las universidades se duplicó en términos reales: de 2.700 a 5.500 millones de pesetas de 1970. (El gasto medio por alumno se redujo, en cambio, en un 70 por 100.) Si el presupuesto no se hubiera aumentado, habría habido 50.000 alumnos anuales menos en la Universidad, y el dinero ahorrado podría haberse dedicado a cualquiera de los siguientes usos alternativos: crear 600 puestos de trabajo anuales en la industria (ó 400 en el sector energético), según las ratios capital/empleo de 1977; financiar la mitad del plan de reconversión de la siderurgia integral; etc. Cf. V. Pérez Díaz: «Universidad y empleo», *Papeles de economía española*, núm. 8, 1981, pág. 303.

(38) R. Ordovás, «Educación y empleo», *Información Comercial Española*, núm. 537, Madrid, 1978. También, Ministerio de Trabajo, *Análisis causal del desempleo juvenil*, Madrid, 1980.

En cuanto a la orientación escolar, sigue empeñada en conseguir la felicidad humana por la correspondencia entre aspiraciones subjetivas y las demandas objetivas; con la diferencia de que la «vocación» no se revela ya escuchando una voz interior, sino la voz del psicólogo.

Adecuación de contenidos y orientación vocacional son cosas muy convenientes, pero completamente irrelevantes para el problema que nos ocupa. La adecuación de contenidos sería más fácil si la demanda de fuerza de trabajo no fuera tan dispersa y diversa que lo más práctico resulta, al cabo, la formación general. En cuanto a la orientación escolar, se ha hecho destacar la notable vitalidad de la orientación «difusa», a la que todo el mundo preveía un pronto fin a manos de la *orientación formal* (39). Con ambas, en todo caso se puede hacer bien poco contra la sobrecualificación y el paro; como no sea que se las emplee, consciente o inconscientemente, para el fomento forzado de la ignorancia.

Como ha mostrado Boudon (40), en la amplia medida en que se trata de un problema de distribución, no deben confundirse los ajustes y desajustes parciales con los ajustes y desajustes de los sistemas a nivel global. La planificación podría llegar a hacer coincidir aproximadamente los médicos que salen de las facultades con los que el sistema sanitario está dispuesto a emplear; la adecuación de los contenidos y planes de estudio podría reducir a la nada la formación adicional y el período de adaptación al puesto de trabajo; y la orientación vocacional podría seleccionar exactamente a los individuos más capaces, maximizando así la rentabilidad de los costes de formación. Si así se hiciera con todas las profesiones, quedaría el problema de qué hacer con aquellos a los que se hubiera destinado para siempre al paro; y es en este punto donde los malthusianismos se revelan en todo su absurdo y en todo su horror. Las dos soluciones extremas serían o educarlos para el ocio o no educarlos absolutamente para nada, como excedentes de cupo del sistema productivo que son. Pues si se los educa *para algo*, sería inevitable, en esta misma lógica, que quisieran también alguna oportunidad y pretendieran prepararse para ella. Toda «selectividad», toda reducción de la oferta educativa a unos pocos seleccionados con criterios extraeducativos, o es una manifestación de gremialismo, o es una manifestación de totalitarismo.

3. ¿Entonces? Volvamos al punto en que comenzamos a discutir las premisas del planteamiento. Pues el *gap* creciente entre sistema educativo y sistema productivo, el que gentes altamente cualificadas lleven a cabo tareas productivas elementales, es un problema tan serio si y sólo si aceptamos las premisas siguientes:

1. Que el sistema educativo debe ser funcional para el sistema productivo.
2. Que no hay mecanismos regulativos de *feed-back* entre ambos. Siendo la demanda social independiente de la demanda económica, sólo los poderes públicos pueden (y deben) someterla a disciplina.

Ninguna de las dos premisas tiene mucho de original. La primera

(39) Cf. Y. Deforge, *op. cit.*

(40) R. Boudon, *L'Inégalité des chances*, Mouton, París, 1973.

es una reformulación *normativa* de un problema recurrente en el capitalismo: la contradicción entre las demandas de la sociedad y las exigencias de la economía. A la gestión privada de la reproducción del capital social le viene a sobrar siempre una parte de la sociedad, que no le resulta productiva. Peor que en tiempos de Malthus, no sólo siguen las familias criando más individuos que los necesarios, sino que, además, la escuela los dota en seguida de más cualificaciones de las que precisan para trabajar disciplinadamente. En cuanto a la segunda premisa, se limita a reenunciar el viejo deber del Estado de hacer regresar a sus justos cauces el discurrir de la vida social, recreando el maltrecho marco para la libre actuación de las fuerzas de mercado. Una y otra reflejan, desde luego, los contradictorios supuestos básicos del *intervencionismo neoliberal*.

Ninguna de las dos premisas puede sostenerse. La primera no se sostiene porque pretende ignorar, si no eliminar, el dato elemental de que la demanda social de educación no es sólo cuantitativamente superior a la demanda del sistema económico, sino, sobre todo, *cualitativamente* distinta. Pérez Díaz, tras defender la necesidad coyuntural de reducir los gastos en educación, ha formulado con meridiana claridad esta diferencia cualitativa: «La contención de la oferta universitaria no puede ser completa ni indefinida. La razón de ello es muy simple. La demanda social de educación debe ser considerada, a largo plazo, como «incontenible», porque no depende sólo del sistema ocupacional. Su impulso radica tanto en oportunidades ocupacionales, presentes o esperadas, como en aspiraciones de cultura y de estatus social... Estas aspiraciones están enraizadas en los valores y en los modos de ser de las sociedades liberales y democráticas modernas, a las que pertenecemos, y forman parte de ellas. Sólo podrían ser limitadas por sistemas totalitarios que impusieran efectivamente un régimen de castas burocráticas y un aparato de inquisición y adoctrinamiento... A largo plazo, una sociedad de estas características, donde se han generalizado estas aspiraciones y creencias, no puede resistir un desarrollo gradual y múltiple hacia la igualdad» (41).

La segunda premisa no se sostiene porque es simplemente absurda, aunque coherente con la primera al dar por inexistente toda interdependencia entre los subsistemas de la sociedad. Por desgracia, ha adquirido carta de legitimidad en muchos razonamientos apresurados, apoyándose en las proyecciones lineales que constituyen toda la sabiduría de muchos augures del porvenir. Pero resulta que los mecanismos de reorientación, las interrelaciones entre las partes de cualquier sistema, existen siempre. Y que por esa razón, todo gran problema, abstractamente planteado, se resuelve al cabo en una multitud de tensiones menores que impulsan, naturalmente, a una u otra solución.

4. Ante la demanda social de educación, casi todos los sistemas escolares europeos han ido difuminando la distinción estamental entre una rama noble y una instrucción para los oficios y demás artes útiles. Prolongando la escolaridad obligatoria, creando un tronco medio común o poco diferenciado, reorientando la formación profesional y técnica ha-

(41) V. Pérez Díaz, «Universidad y empleo», *op. cit.*

cia planteamientos cada vez más generales y menos especializados, han ido haciendo progresos hacia una formación general cada vez más sólida de sus escolares. En España mismo, aun a despecho de doctrinas e ideologías, hay un inconfundible hilo conductor que enlaza el establecimiento de la EGB hasta los catorce años, cuando casi las tres cuartas partes de cada generación se matriculaban en Bachiller, con los intentos de reformas de las enseñanzas medias de la UCD y, ahora, del PSOE: ese hilo conductor es, evidentemente, el rechazo social a la especialización laboral temprana.

Ahora bien, esos mismos problemas presionan ya, sin duda alguna, hacia su propia solución: *en vez de intentar evitar lo inevitable, cabe también afrontarlo. En vez de intentar adoptar las cualificaciones a una forma dada de producción, cabe cambiar los métodos de producción y adaptarlos al aprovechamiento de las cualificaciones individuales.* Un mayor nivel educativo de la mano de obra lleva a una organización del trabajo menos centralizada, menos fragmentada, más participativa. Numerosos experimentos de reestructuración de tareas se han venido y vienen realizando: ampliación de tareas, enriquecimiento, rotación, grupos de trabajo, horarios flexibles, etc. Recientemente, la aparente inmunidad japonesa a la crisis ha vuelto a poner de moda en Occidente la importancia de la participación, para la motivación y la lealtad del obrero a la empresa. Ahora bien, todas estas experiencias no se hacen solamente para adaptar el trabajo a los trabajadores. Si se aceptan es porque *suelen aumentar la productividad.* Situación que puede resultar incómoda para muchos, acostumbrados a la ecuación entre productividad, fragmentación del trabajo y despotismo, pero que en el fondo lo único que hace es confirmar una vez más que *también la aparente sobrecualificación puede ser aprovechada económicamente con una conveniente organización del trabajo.*

En primer lugar, la sociedad presiona tan fuertemente en el sentido de la demanda de igualdad de oportunidades ante la educación; la demanda de instrucción de todo tipo, formal e informal, es tan grande, que resulta un poco superfluo preguntarse por la *deseabilidad* de este proceso porque lleve a la *devaluación económica* y social de los títulos educativos como consecuencia de su generalidad.

Pues hay que insistir de nuevo: si, subjetivamente, más allá de cualquier dimensión económica, la educación tiene ante todo un sentido de realización personal, desde el punto de vista de la cosa pública su utilidad está, análogamente, también en sus repercusiones sociales, políticas y culturales. Los individuos demandan educación como trabajadores, pero sobre todo como ciudadanos y como personas. Y como tales debe considerarlos el Estado si no quiere cometer la iniquidad de fomentar la ignorancia entre sus súbditos o de reducir su formación a lo estrictamente indispensable para su explotación por el capital, privado o colectivo. La educación, la oferta educativa, ha de dirigirse a ciudadanos que puedan participar en la vida política y comunitaria con un amplio y profundo conocimiento de los problemas que se discuten. Ha de dirigirse también a personas cuyo ocio va dejando de orientarse exclusivamente al consumo de diversiones hechas y se dirige cada vez más hacia la creatividad y el consumo crítico y discriminado.

Y, en segundo lugar, un sistema educativo así orientado, quizá no sea económicamente rentable a corto plazo, pero no puede dejar de repercutir favorablemente en la economía, por múltiples caminos.

Por ejemplo, a través de la *investigación*. Nada más difícil de planificar, y, en consecuencia, ningún terreno donde sea menos acertada la selección prematura de élites. Una enseñanza universitaria masiva y diversificada constituye mucho mejor sostén de una investigación imaginativa, basada en la competencia, que una selección temprana de individuos con carreras burocráticas seguras.

Por ejemplo, a través de la *calidad de los servicios*. La tendencia a centrarse en el sector industrial y en sus métodos de producción no debe hacer olvidar que la mitad del empleo se da en los servicios y que lo que se dice de la industria no siempre vale para éstos. Si Estados Unidos tiene una tasa de personal universitario tan alta es, sin duda, por la importancia que tiene allí el sector terciario, capaz seguramente de valorizar, a la larga, la formación de su personal.

VI. CONCLUSION

Hace ya mucho tiempo que J. Dewey explicó una conexión entre educación, democracia y progreso material que, en mi opinión, no ha perdido todavía su vigencia:

«La dedicación de la democracia a la educación es algo familiar. La explicación superficial es que un gobierno que se apoya en el sufragio popular no puede tener éxito a menos que quienes eligen y obedecen a los gobernantes sean educados. Repudiando una sociedad democrática el principio de la autoridad externa, ha de encontrar un sustituto en la disposición voluntaria y en el interés, y éstos sólo por la educación pueden ser creados. Pero hay una explicación más profunda. Una democracia es más que una forma de gobierno. Es, sobre todo, un modo de vivir en la sociedad, un modo de comunicar la experiencia. La extensión en el espacio del número de individuos que participan en un interés, de tal modo que cada uno de ellos ha de referir su acción a la de otros, y considerar la acción de los otros para dar dirección a la suya, es equivalente a la ruptura de las barreras de clase, raza y territorio nacional que impiden a los hombres percibir toda la importancia de su actividad... Una sociedad dividida en clases tan sólo necesita prestar atención especial a la educación de sus elementos dirigentes. Una sociedad móvil, llena de canales para la difusión de los cambios que ocurran en cualquier parte, ha de mirar por que sus miembros se eduquen para la iniciativa personal y para la adaptación. Si no, serán superados por los cambios en los que se vean involucrados, cuyo alcance y significación no percibirán. El resultado será una confusión en la que unos pocos se apropiarán la actividad ciega y externamente dirigida de los otros» (42).

La demanda individual de educación tiene estas raíces y obedece a

(42) J. Dewey, *Democracy and Education*, Macmillan, Nueva York, 1964, páginas 384-385.

estos impulsos. Toda política educativa que intente restringir esta demanda o satisfacerla sólo en parte tiene que preguntarse si por debajo de sus proclamas de racionalización no subyacen las fuerzas que resisten para que se preste atención únicamente a la educación de los elementos dirigentes.

En todo caso, ambos, demanda y oferta, dependen, como dijimos al principio, de la economía. Cualquier expansión del sistema educativo, cualquier aumento de la demanda social de educación, está estrechamente ligado a los aumentos del nivel de vida, que dependen de los aumentos de la productividad. No solamente porque la demanda social de educación depende de los niveles generales de consumo, sino porque su uso (su utilidad como bien «de consumo») depende de las posibilidades y la estructuración del tiempo libre y del ocio. A su vez, la productividad depende, aunque no solamente, *de una parte* del sistema educativo: de la aplicación de la ciencia y la tecnología de las fuentes de energía y las materias primas.

Así, pues, la demanda social de educación es un fenómeno imparable en la misma medida en que es imparable la marcha de las sociedades occidentales hacia un «libertarismo de la abundancia». Simplemente, se da a lo largo de la historia una relación de proporcionalidad inversa entre la medida en que los hombres se dedican al trabajo sobre la naturaleza y la medida en que se dedican al trabajo sobre sí mismos.

Los aumentos de la productividad no son, sin embargo, seguros. Es también posible un estancamiento, e incluso un retroceso, que alargue la jornada de trabajo sin aumentar el producto.

En el peor de los casos, los avances de la ciencia y la tecnología no serían capaces de compensar el encarecimiento de la energía y las materias primas. Podría entonces imponerse una estructura de posiciones sociales tal que una minoría dedicada al trabajo intelectual o al cultivo de sí mismos mantuviera en la ignorancia y la opresión a una mayoría dedicada a trabajos rutinarios durante prolongadas jornadas de trabajo; los científicos, los hombres del conocimiento, podrían ser una exigua minoría seleccionada y formada sobre los sacrificios de una gran mayoría. Esta estructura de posiciones bien podría venir determinada por la necesidad de mantener una economía con procesos de producción de elevadísimo nivel técnico, pero de productividad pequeña. En este triste caso, o en la medida en que podamos aproximarnos a él, los componentes de consumo de la educación se irían cercenando en beneficio exclusivo de su componente de inversión, pues ni los niveles de renta ni de consumo favorecerían la posibilidad de que los individuos se dedicaran al cultivo de sí mismos.

A. Huxley describió ya algo así como un mundo feliz de esta naturaleza. Actualmente, no sólo las derechas quieren imponer el modelo. Impresionado por el informe del Club de Roma, y pretendiendo mantenerse en la ortodoxia soviética, R. Harich ha propuesto seriamente un comunismo de la escasez en el que los gobernantes puedan sacrificar al interés colectivo de la supervivencia de la humanidad cualquier in-

terés particular; desde luego, este comunismo tendría en la práctica muy pocas posibilidades de ser igualitario (43).

De nuevo es preciso decir que tanto el libertarismo de la abundancia como la esclavitud de la escasez son imposibles a todos los plazos. El primero necesita que desaparezca toda constricción de la naturaleza sobre el trabajo humano; el segundo, que se extinga toda flexibilidad económica frente a las constricciones de la naturaleza. La ciencia no va a automatizar los procesos de producción hasta el punto que cada cual tenga según sus necesidades o caprichos. Y la naturaleza no se va a agotar un buen día, dentro de algunos años. Esto es pensar en términos adialécticos; lo cual, en este caso concreto, no significa sino incapacidad de pensar en términos económicos, pues nada que se refiera a la interacción entre el hombre y la naturaleza puede dejar de ser pensado en términos económicos. Y en términos económicos, la perenne carrera entre el agotamiento de los recursos naturales y la productividad del trabajo se resuelve en *tendencias* hacia el encarecimiento o hacia el abaratamiento, en tendencias hacia la abundancia o hacia la escasez, pero no en abundancia o ni en miseria absolutas o casi.

Exactamente lo mismo pasará con la educación. Pueden hacerse proyecciones mucho más allá del año 2000. Pueden suponerse diversas tasas de crecimiento o de decrecimiento de la renta; pero *no se perfilan en el horizonte utopías positivas ni negativas*. Más prosaica y cruelmente se perfilan horizontes de abundancia, igualdad y libertad de los que podemos hacernos una idea bastante precisa sin necesitar de fantasía de poetas, y también horizontes de miseria, desigualdad y sujeción de los que, desgraciadamente, tenemos hoy, en nuestro mundo, ejemplos que nos conmueven menos de lo que debieran. Simplemente, el futuro es pensable en los términos del presente.

Quienes pretenden que es preciso limitarse a la educación de una clase dirigente, encuentran argumentos partiendo del principio de que el sistema educativo debe adaptarse a las necesidades del sistema productivo. Hasta ahora, en todos los países industrializados el sistema educativo ha intentado responder a la demanda social. Por efecto de la crisis, parece que la legitimidad estuviera ahora poniéndose de lado de las duras necesidades de la producción: es preciso, se dice, libranos de las contradicciones *culturales* del capitalismo, salvar la eficiencia amenazada por el libertarismo y el igualitarismo (44). Los mismos que hace veinte años propugnaban el desarrollo del «capital humano» como premisa del desarrollo económico, insisten hoy en deshacerse de la gran parte de ese capital humano para el que desesperan de encontrar empleo productivo. *Se trata, claramente, de una opción ideológica, disfrazada de exigencia económica con la amenaza de otro milenio apocalíptico más. Sea cual sea el futuro, los pueblos estarán mejor preparados para enfrentarlo si cuentan en abundancia con los conocimientos y los hábitos de reflexión y crítica que, por mal que lo hagan, cultivan hoy las instituciones escolares.*

[43] Cf. R. Harich, *¿Comunismo sin crecimiento? Babeuf y el Club de Roma*, Ed. Materiales, Barcelona, 1978.

[44] Cf. D. Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1978.

CUADRO 1

Población ocupada entre 1960 y 1981 por grandes sectores económicos
(En miles)

	1960	1972	1978	1981	3-2	4-3	4-2
TOTAL	11.676	12.458	12.081	10.848	— 377	— 1.233	— 1.610
Agricultura ...	4.869	3.202	2.435	1.947	— 767	— 488	— 1.255
Industria ...	2.884	3.314	3.337	2.875	+ 23	— 452	— 429
Construcción.	794	1.196	1.153	946	— 43	— 207	— 250
Servicios ...	3.129	4.705	5.155	5.080	+ 650	— 75	+ 575

Fuente: INE, Encuesta de Población Activa.

CUADRO 2

Población ocupada por grandes sectores económicos de 1960 a 1981
(En porcentajes)

	1960	1964	1972	1978	1981
TOTAL	11.676	—	12.458	12.081	10.848
Agricultura ...	41,7	35,8	25,7	19,9	17,4
Industria ...	24,7	24,6	26,6	27,8	26,5
Construcción .	6,8	8,2	9,6	9,6	8,7
Servicios ...	26,8	31,4	37,8	42,7	46,8

Fuente: INE, Encuesta de Población Activa.

CUADRO 3

Producto interior bruto «per capita» y estructura del empleo de 1961 a 1977

PAIS	PIB «per capita» (en miles de dólares de 1977)									Empleos por sector (%)												
	1961			1977			1980			1961			1971			1977			1982			
	1	2	3	1	2	3	1	2	3	1. Agricultura	2. Manufactura	3. Otros	1. Agricultura	2. Manufactura	3. Otros	1. Agricultura	2. Manufactura	3. Otros	1. Agricultura	2. Industria	3. Servicios	
Austria	1.933	3.763	6.380	9.400	23,6	40,8	35,6	17,6	40,2	42,2	11,8	40,6	47,6	10,0	40,0	50,0						
Bélgica	2.732	5.126	8.060	11.600	8,3	47,1	44,7	4,4	44,2	51,3	3,3	37,9	58,8	3,0	32,3	64,7						
Dinamarca	2.938	5.960	9.040	10.800	18,0	38,0	44,0	10,9	37,2	51,9	9,1	30,4	60,5	7,9	28,5	64,0						
Finlandia	2.260	4.138	6.360	10.100	35,5	31,8	32,6	21,2	35,2	43,6	12,9	34,8	52,3	13,2	31,8	53,0						
Francia	2.897	5.415	7.170	11.100	21,6	38,1	40,3	13,4	38,6	48,0	9,6	37,7	52,7	8,3	34,6	57,1						
Alemania	2.979	6.045	8.410	12.000	13,1	49,4	37,4	8,0	50,3	41,7	6,8	45,3	47,9	5,5	42,7	51,8						
Grecia	966	2.077	2.830	4.500	50,0	20,6	29,4	34,3	28,1	37,6	28,4	30,3	41,3	28,9	29,2	41,9						
Irlanda	1.459	2.639	2.940	4.300	36,3	24,8	39,1	26,5	30,9	42,6	23,1	30,3	46,6	17,3	31,1	51,6						
Italia	1.541	3.201	3.470	5.000	31,0	38,2	30,8	19,3	43,7	37,0	15,7	38,2	46,1	12,4	37,0	50,6						
Holanda	2.198	4.802	7.680	10.400	10,9	40,5	48,6	6,9	37,8	55,2	6,3	33,2	60,5	5,0	28,7	66,5						
Noruega	2.794	5.637	8.800	13.600	20,7	35,9	43,4	13,9	37,2	48,8	9,0	32,3	58,7	8,0	29,4	62,6						
Portugal	616	1.311	1.670	2.400	42,4	29,2	28,4	31,0	32,7	36,3	32,5	33,1	34,4	25,9	37,1	37,0						
España	781	1.822	3.150	4.300	40,6	32,8	26,6	28,5	37,4	34,1	20,7	37,4	41,9	18,3	33,9	47,8						
Suecia	3.759	7.493	9.480	14.100	13,0	42,0	45,0	7,8	37,6	54,6	6,1	34,3	59,6	5,6	30,5	64,1						
Suiza	3.595	6.607	9.580	11.300	12,2	50,1	37,7	7,2	47,5	45,2	8,5	42,7	48,8	7,1	38,4	54,5						
Turquia	390	613	1.130	1.600	77,6	10,3	12,1	66,1	14,1	19,8	55,8	13,6	30,6	59,6	16,5	23,9						
Reino Unido	2.999	4.223	4.370	5.400	4,0	48,8	47,3	3,1	43,9	53,1	2,7	40,0	57,3	2,7	34,4	62,9						
TOTAL (media ponderada)	2.180	4.021	5.255	7.234	26,1	38,5	35,4	17,8	39,8	42,4	14,9	36,5	48,6	2,7	34,4	62,9						

Fuente: Tomado de N. Bacace, *Employment and Occupations in Europe in the 1980*, Consejo de Europa, multicopiado, 1980, que a su vez lo toma de publicaciones de la OCDE. Por datos de 1982 de OCDE Observer, núm. 127, marzo 1984.

CUADRO 4

Proyección de la población activa por niveles educativos y edades en el año 2000

Edad	Analfabatos y sin estudios	Primarios	Secundarios	Superiores	Total
25-30	1,0	10,0	78,0	12,0	100,0
30-34	1,0	10,0	80,0	10,0	100,0
35-39	1,0	30,0	60,0	9,0	100,0
40-44	2,4	46,0	43,0	8,5	100,0
45-49 (1)	4,3	54,7	34,4	6,6	100,0
50-54	7,6	61,8	25,4	5,2	100,0
55-59	11,3	63,5	20,6	4,6	100,0
60-64	18,4	64,3	14,3	2,9	100,0
65-69	21,4	63,7	12,1	2,7	100,0

(1) A partir de aquí se transcriben simplemente los porcentajes de a EPA de 1980, para grupos de edad veinte años más jóvenes.

CUADRO 5

Porcentaje de trabajadores por categorías en las 18 ramas de actividad abarcadas en la encuesta de salarios

CATEGORIAS	AÑOS				
	1963	1970	1974	1975	1976
Técnicos titulados ...	1,4	2,3	2,7	2,9	3,0
Técnicos sin titular ..	3,1	3,8	4,4	4,7	5,0
Administrativos	12,9	16,9	17,9	18,8	19,0
Obreros cualificados ..	36,5	37,6	38,2	39,1	39,8
Peones y aprendices .	46,1	39,4	36,5	34,5	33,2
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0